

El matrimonio, acompañando al emperador Carlos, viajó por la Europa imperial hasta establecerse definitivamente en Breda, la ciudad en la que doña Mencía comenzó a interesarse por la cultura que comenzaba a extenderse por una parte de Europa, y también por la pintura, y los pintores. En Breda conoció a Luis Vives, con quien estudió latín y Cultura Clásica; iniciándose en una importante labor de mecenazgo de pintores, escultores y escritores que no abandonaría hasta el final de su vida. También en Breda se inició en una moda entonces en auge, el coleccionismo de obras de arte, de joyas y, por supuesto, libros, llegando a reunir en sus castillos una cumplida biblioteca.

Desde Breda, doña Mencía viajó con alguna frecuencia a Jadraque llevando, como igualmente era costumbre de los tiempos, parte de sus propiedades, muebles, enseres y ajuar. Gracias en parte a ello conocemos el inventario de los bienes y objetos que en aquellos tiempos pasaron por el castillo de Jadraque, lo que nos da buena prueba de que, más que una fortaleza, era un palacio; entre los ajuares que la acompañaban no faltaban los cuadros, o los lienzos ricos, o tapices, además de libros e instrumentos musicales. Puesto que doña Mencía era igualmente aficionada a la música del clavicordio, siendo poseedora de al menos dos de estas piezas.

En el año 1533 doña Mencía regresó a España y aquí permaneció hasta 1535 fecha en la que de nuevo marchó a los Países Bajos. Una vez más el castillo se convirtió en la residencia habitual y sus habitaciones volvieron a engalanarse con los numerosos objetos que fueron traídos desde aquel país, sobre todo tapices y pinturas, que habían sido adquiridos en el mercado flamenco. Los tapices comprendían tres series, la de la pesca, la de Perseo y la de la fruta, que en conjunto pasaban de las dos docenas. A ellas se sumó la Historia de Isaac, adquirida en España. Llegando a poseer hasta doce libros de horas, todos en pergamino e iluminados, con cubiertas de oro y plata.

